El ataque “al régimen” por lo de la devaluación trajo consigo una grave crisis para “Punto”. Hacía meses ya que el señor Loera me había dicho que le resultaba imposible seguir haciendo el periódico, pero que si yo quería prolongar la aventura, me autorizaba para ello, sin condición alguna. Encontré entonces un nuevo socio de personalidad bastante complicada: el coronel Miller, hombre medianamente rico que hasta entonces, independientemente de su negocio oficial en relación con algunas rutas de Correos y de la renta de su propiedades, se había especializado en financiar, con cierta usura, mediante el adelanto de las “órdenes” de publicidad, algunos periodiquitos “católicos” de esos que salen cuando Dios quiere. De mí sé decir que, hasta el momento en que hube de salir dejando un trabajo muy mío de más de dos años, a causa de que el periódico no lograba vivir con holgura, sino más bien al revés. Miller se portó conmigo decentemente y aun, dada su fama, con generosidad. Después… después alguien le hizo creer que el estorbo para que el periódico viviera bien era yo y otro alguien le dijo que la propiedad de la “cabeza” no era mía, sino de Loera. (¡Cuándo aprenderé que NO hay gente de buena fe!). Se entendió con Loera y yo me fui a la calle, de nueva cuenta. Pero había hecho algo en esos dos años, provoqué reacciones, desperté conciencia, señalé crímenes, relaté fraudes, exigí justicia. Y le enseñé a algunos muchachos lo poco que podía enseñar:

El primero fue Goyito, el “poeta de recámara” de La Bandita. Ya en el burdel, la noche que lo conocí, me pareció que fuera de su medio, absurdo en su adoración a una repugnante lenona, en su desvalida facha flaca y triste atendiendo una cantina para emborrachar a políticos poderosos o matones sin conciencia. Teodoro Vargas, que medía los cuadratines y las cabezas “formando” el periódico y quien fue escogido por Miller para substituirme como directorgayosso de la publicación me lo llevó un día:

—Es un muchacho decente. Sabe escribir cositas sabrosas de deportes. Yo no sé por qué anda en lo que anda. Ayúdalo…

Lo ayudé. Empezó firmando, efectivamente, “cositas” de deportes con el pseudónimo de Goyo Goyanes. El muchacho no es tonto; aunque tampoco puede nadie decir que es muy inteligente, y sobre todo tiene cierta facilidad para imitar. Lo metí de plano a colaborar, seducido por su historia, comprendiendo que en el derecho de querer huir del burdel había una especie de heroísmo. Le di mi sueldo de una semana —¡sólo Dios sabe cómo la pase!— para que pusiera un departamentito y luego, poco a poco, lo colé en “Impacto” con Regino. Entonces adoptó su pseudónimo definitivo: Alberto Domingo. El se apellida Gutiérrez.

Un día, meses después. Goyo no se presentó a trabajar. Y días más tarde dos señoras profesoras de escuela, inteligentes, decentes, una de ellas muy guapa, vinieron a verme con una historia terrible y una petición muy especial: su hermano Alberto había intentado suicidarse. Había estado muy grave. Estaba ya en su casa, la de ellas, en las calles de Fresno, pero su problema psíquico era espantoso. Solamente yo influía sobre él. ¿Haría el favor de acudir en su ayuda, de hacerle ver las cosas? Dije que lo vería, que como amigo estaba dispuesto a ayudar al límite de mis posibilidades, pero que de ninguna manera trataría siquiera de tocar el punto íntimo. Y cumplí. Ignoraba yo entonces que una ofensa puede perdonarse ¡pero uno, diez, mil favores, imposible! Es la triste, la dolorosa condición humana que conozco, pero que me resisto a aceptar.

Siguió de lo mismo y más tarde, cuando entre su familia y yo, lo digo porque así fue, le formamos un clima humano, de comprensión, de ayuda moral y material sin más límites que nuestras posibilidades, hizo su entrada a “Impacto” y un día tuvo el placer, que en él es un mérito que siempre admiraré, a pesar de todo, de ver su firma en “Siempre!”. Decidió, como comprendí luego, que ya no me necesitaba, que era hora de pagarme lo que había hecho. Desde entonces, cada vez que puede me calumnia, intriga contra mí, frangolla con la simpatía de Pagés Llergo cartitas anónimas, miserables. Y lo peor es que no puede siquiera pegársele, porque cuando se le reclama, se le reta, baja la cabeza humildemente. Necesita todavía ser ayudado hasta para ser ingrato y tonto y mentiroso. Y la verdad ya estoy cansado de ayudar a gente así. El rompimiento vino como voy a contarlo, exactamente:

Ortega Colunga, el antiguo fotógrafo, mi socio en “Radar”, empezaba a formar una “agencia de escritores”. Tenía la idea —porque este negro es inteligente— de enviar a los diarios de provincia independientes artículos de sus amigos los escritores con cierto prestigio, explotándonos sentimentalmente, no pagándonos nunca. Me debe hace cinco años ochocientos pesos. Y no se los perdono ni se los regalo. Que me los deba toda la vida. Pues este Ortega Colunga, que entonces pensó en hacerse izquierdista porque más o menos lo éramos a quienes pensaba explotar —Renato, Alberto, Armando Rodríguez, Rico Galán, yo— aunque después haya dado el chaquetazo más repugnante cuando empezó a ganar mucho dinero publicando una infame historieta con dizque la vida de María Felix, patrocinó —que algo le había dejado— un viaje de periodistas a Sonora para protestar, en Ciudad Obregón, contra los desmanes de Alvarito Obregón, el calamitoso gobernador. Nos dieron pasajes de avión, supongo que pagados por alguna embajada, pero yo no fui a causa de la gravedad de mi madre, que ya anunciaba la serie de recaídas que la llevaron a la muerte. Me enteré pronto de que habían sido atacados al hablar en un mitin y que Alberto estaba herido porque un cohetón le tronó en el vientre. Me angustié y como a esa hora —las nueve de la noche— no era posible viajar por avión, salí en mi carcacha dispuesto a recorrer dos mil kilómetros para auxiliar a mi discípulo, a mi amigo. En Guadalajara me enteré, por Elvira Vargas, de que Alberto había sido ya trasladado a México. Me regresé, pues, para encontrarme con un artículo del supuesto herido grave, que no lo debía estar tanto, en que, al referirse a mí y dando a entender que no había acudido a Sonora por miedo, decía “aprovechamos nuestro boletos. Blanco Moheno dejó el suyo en casa”. Jamás sentí más asco de la condición humana, de este pobre diablo que me debía todo y me lo pagaba así. Entonces, tropical como soy, escribí una porquería insultándolo, aunque de ninguna manera pude decir todo lo que quería, lo que me hacía explosión en el alma. Después, Goyito se hizo comunista. Es, pues, de los comunistas a fuerza, de los que caen en eso porque no tienen valor personal, porque no saben enfrentarse a la vida, porque son unos pobrecitos cobardes. Y lo veo y me apena, porque un enemigo, para serlo, necesita ser un hombre.

Un día, hasta mi modestísimo despacho de la avenida Juárez, llegó un muchacho de buen aspecto, con mirada inteligente, con gesto desesperado. Comprendí que había en él madera para lo bueno… o para lo malo. Humberto Jurado Guizar. Venía de Nayarit, pero resultó nativo de Altotonga en la linda sierra veracruzana que lleva de Perote a Teziutlán. Inculto al máximo posible en quien se contenta con un barniz, recibió las primeras ayudas, pero también las primeras lecciones objetivas, con un afán notable de aprender, con una grata sonrisa de bondad. Y yo era feliz, porque nunca he podido ver un muchacho en apuros, con “cara de posibilidades”, que no me recuerde a mí mismo cuando me paré la primera vez frente a Regino. Es egoísmo, lo sé, pero la condición humana es de tal modo que ya se dijo en lo sagrado: “ama a tu prójimo como a ti mismo”. Jurado Guizar, que las había pasado negras, empezó una breve carrera ascendente muy pronto malograda por el fácil ambiente que se le forma a un muchacho cuando no teniendo mala facha es apoyado por padrinos que pueden proyectarlo.

Logré colárselo a Hernández Llergo, se relacionó más por ahí, empezó a traer otros centavos que no los míos. Nada mejor para un joven que largar a la familia, romper el cerco, luchar de frente con la vida. Pero la vida, cuando ayuda, ofrece demasiadas facilidades, aparenta un constante placer, todo ello por el camino del menor esfuerzo. Su el muchacho es blandengue, si se conforma con poco en lo íntimo, si lo más que desea —o a lo mejor es imposibilidad y no deseo— es el éxito y no el triunfo, entonces se convierte en un pequeño jaibolero y tira al periodismo de espectáculos que da el vino regalado, la carne común pero atractiva de las actrices, sobre todo de las malas actrices, peligro el peor porque hace mayor daño al mequetrefe dejándolo mequetrefe para toda la vida. Este muchacho resulta pronto un curioso “sosteneur” de hombres y mujeres: a los hombres, a quienes lo han ayudado en el oficio, les exige que sean héroes o mártires mientras él se emborracha con las mujeres repugnantes por fáciles, por mantenedoras, por perversas, ya que en el fondo su actitud se forma con el deseo de aniquilar. Y pobre del mocoso que no se defiende de este aniquilamiento, que no se da cuenta de que a los veintitantos años cualquie hombre encuentra mujeres, pero mujeres que valgan, que cuesten aunque sea dolor, no hetairas de segunda fila. Pero en la vida, cuando se tiene alguna ambición, es preciso saber cortar lo bonito, lo fácil, lo perverso, sin tener miedo de conocerlo, por supuesto, sino que solamente dándole su tiempo y su importancia, pero no más. He conocido una muchacha —vieja que gritaba, feliz: “Viva la orgía, viva el desénfreno!”. Que viva, pero ella está muerta. Tan muerta como Humberto para hacer algo en este perro mundo donde a cambio de pequeñeces al alcance de cualquiera supuso que obtenía triunfos, de modo que un día debe haber tenido un amargo despertar. Entonces es cuando el hombre ha de verse por dentro, pues que nunca llega el hombre tan bajo que no pueda volver a iniciar la subida con tal de que el único motor, la dignidad. Desdichadamente este muchacho en el que puse tantas esperanzas para que se abriera paso y conociera la inaudita victoria del que llegando a una ciudad en la desesperanza y la miseria acaba por ser el amo de ella, y ello porque sabe domarse a su tiempo, era un coche al que le faltaba el motor.

Llegó un día Mario Ezcurdia, comunista entonces, con reportaje bravo contra la United Fruit que acababa de cometer en Guatemala apadrinando a Castillo Armas y aprovechando la espantosa cobardía de Arbenz y su checa criolla, su enésima porquería criminal. Ya era periodista, y no malo, su bien como casi todos los rojos esclavo y no dueño de un estilo inevitablemente adormecedor. Le publiqué su reportaje, ¡pues no faltaba más!, y luego, cuando se cambiaron los hombres en el poder, me lo topé convertido en jefe de prensa de López Mateos, ayudante digamos intelectual de Humberto Romero, frangollando explicaciones para justificar lo de Vallejo, Siqueiros y Campa. Un comunista menos. En realidad un comunista más.

Antonio Rodríguez recorrió todas las redacciones de revistas y diarios buscando quien se atreviera a publicarle un mural riverino en el que Foster Dulles aparece como una bomba atómica. Acabó por aparecerse en “Punto”, donde se le publicó.

Víctor Rico Galán apareció un día, con su sinuosa manera, con su voz serpentina, con su doblez asquerosa. Traía unas fotos ridículas —como todo lo que ellos hacen, visten, dicen— de los Caballeros de Colón dándose un fiestón en plena Catedral Metropolitana. Porque las fotos eran buenas, aunque peligrosas de publicar —también había intentado en otros lados, sólo que en otros lados nadie le entraba al toro— me avine a tratarlo, que no es nada grato. Señorito en el fondo, antiguo cronista de sociales, gorrón de la señora Maya, apretado estudiante de Filosofía y Letras, había pasado por todos los puestos de todos los mercados y no como vendedor, sino como mercancía. Yo lo había conocido años atrás, cuando Chema Lozano —que se llama José Antonio en realidad, que no es pariente del tribuno ebrio huertista, pero que incluso recurrió a un juzgado civil para cambiarse el nombre y poder insinuar, ¡hágame usted el favor!, el posible parentesco— me lo presentó en Filosofía y Letras cuando estaba esta Facultad en el antiguo Colegio de Mascarones, en San Cosme. Entonces buscaba la “buena sociedad”, las señoras snobs ricas, como fuente de centavos. No nació, todo quijada y nada simpático, para “juradoguizear”, y una vez convencido de ello, porque el tipo es listo, decidió hacerse comunista. Es un negocio como otro cualquiera cuando quien lo practica es un rico galán, suprema ironía del hombre. Empezó, por evitar la competencia de troskista, pero el troskismo, como lo he relatado por extenso en mi libro “El cardenismo”, era al menos hace años, un club de pepenadores. ¡No había nada que llevarse! Entonces, poco a poco, inició el acercamiento a los “círculos oficiales” de nuestro rechistoso comunismo. Pronto logró colocarse en un sitio distinguido porque, repito, es inteligente y sabe escribir, que es su condición humana la insoportable. ¿Cómo no va a distinguirse un hombre listo y apto entre una tal manada de tontos de capirote? Después, habiéndose informado al menudeo del carácter de Pepe Pagés, inició el cerco con toda la lambisconería de que puede ser capaz un borbón de caricatura y, ¡claro está!, triunfó en la empresa. Es listo y nada tiene, lo repito, de sorprendente. Por mi parte, en “Punto” le publiqué las fotos y el comentario mordaz, fino, agrio, sobre las precitadas Mulas de San Cristóbal, y corté toda relación con él. No me gustó nunca el tipo. ¿Cómo extrañarse de que ahora me guste menos? Sostenido económicamente por la embajada cubana —los sueldos de “Siempre!” no permiten más allá del morir de hambre— se ha pasado la vida sirviendo al régimen de Fidel algunas veces con tan inauditos fiascos como aquella “cabeza”, después del ataque de Castro a los chinos obligado por sus amos los rusos, que son la cocinera del cuento, que decía: “¡Métanse esto en la cabeza: Cuba no es títere de nadie!” Supongo que Pagés, que “cabeceó” bien grande el mamotreto, hizo alarde en él de una ironía feroz. Y se ha pasado la vida tratando de conciliar lo inconciliable como cuando a raíz de la vergonzosa exhibición que diera el pueblo capitalino ante el gran asesino Lyndon B. Johnson, dijo que en México nadie, sino Díaz Ordaz, tiene dignidad.

Por cierto quisiera relatar aquí un incidente bien curioso ocurrido entre dos comunistas, uno de los cuales ya no lo es: en cierta ocasión presencié una enconada disputa, casi un llegar a las manos, ente Antonio Rodríguez y nada menos que David Alfaro Siqueiros. Como de costumbre, disputaban sobre pintura y Antonio, que por entonces tenía la enfermedad de la honradez —entendía ésta como la necesidad de gritarla, además viniera o no a cuento, que honrado siempre lo fue— insistía entre gritos y manoteos en que él, para poder opinar sobre la obra de los pintores, nunca había aceptado obsequio alguno.

—El crítico que recibe el regalo de un cuadro deja de serlo — dijo.

Siqueiros, entonces, con su corpachón magnífico, con sus ojos claros, furioso, con su melenera de demonio y su nariz de águila lanzó al aire una carcajada homérica. Antonio, cabreado, inquirió la razón de risotada tan grosera, tan insultante en la intención:

—¡No tienes vergüenza, Antonio!— le contestó David poniéndose en jarras—. En la sala de tu casa tienes un Orozco…

—¡Mientes!

—¡Tienes un Orozco y pongo por testigos a los señores de que el que miente eres tú!

Yo, que nunca fui crítico de pintura, traté de recordar mientras Antonio miraba las caras presentes: había, sí, un cuadro al estilo de Orozco, pero…

—¡Vamos a mi casa para callarte la boca! —gritó Antonio. Y Siqueiros, seguro de sí mismo ¡lo que no a saber un grande de la pintura de otro grande! Aceptó el reto:

—¡Vamos!

Antonio entró a su casa como una tromba y descolgó el cuadro, un rostro trágico hecho todo con manchas de trágicos colores. Tembloroso, con lágrimas de rabia en los ojos, rompió el cuadrado de paspartú:

—¡Mira la firma! ¡Mira lo que dice abajo! —le gritó a David, que palideció. El cuadro NO era de Orozco, sino de… Antonio Rodríguez. Por si algo faltara de evidencia había una frase: “A la manera de Orozco”, y las iniciales del antiguo jefe comunista de Portugal rebautizado humildemente con uno de los nombres más frecuentes en nuestro pueblo. David, consiente del espantoso ridículo en que había caído, furioso ante nuestras sonrisas, reaccionó con su característica algarabía:

—Bueno: ¡eres un señor pintor! Y olvida lo demás…

Desde luego, Antonio no es un señor pintor, pero entonces ¿qué pasa con la pintura, incluso con la de la escuela mexicana? ¿También dentro de ella cabe la tomadura de pelo al extremo de que Siqueiros confunda la obra de un aficionado con Orozco, nada menos que con un Orozco? Dejo a los sesudos críticos de pintura, que a la hora de escribir estas líneas se agachan como el loro del cuento, para que no les toquen las pedradas, pastelazos y, ay tú, pringotes de pintura que se arrojan unos a otros los pintores con motivo de la “Confrontación” esa que hizo ya pasar al señor José Luis Martínez a la historia como el más inepto Jefe Bellas Artes; dejo a los sesudos críticos con el pequeño problema y yo, pobre ignorante, prefiero recobrar el delicioso incidente sin meterme en mayores averiguaciones…